

El ventanal abierto

—Mi tía bajará en un momento, señor Nuttel —dijo con aplomo la damita quinceañera—; entretanto, tiene usted que conformarse conmigo.

Framton Nuttel hizo un esfuerzo por decir lo preciso para halagar debidamente a la sobrina allí presente sin indebido menoscabo para la tía que estaba por venir. Para sus adentros dudaba más que nunca acerca de si estas visitas formales a una serie de personas totalmente desconocidas contribuiría en algo a la cura de nervios a la que supuestamente se estaba sometiendo.

«Ya sé lo que va a pasar», había dicho su hermana mientras él se aprestaba a emigrar a su retiro rural; «vas a enterrarte allí y a no hablar con ningún alma viviente, y tus nervios estarán peor que nunca por el abatimiento. Voy a darte cartas de presentación para todas las personas que conozco. Algunas, si no recuerdo mal, eran sumamente amables».

Framton se preguntaba si la señora Sappleton, la dama a quien venía a entregar una de las cartas de presentación, entraría en el grupo de las amables.

—¿Conoce usted a mucha gente de los alrededores? —preguntó la sobrina, cuando juzgó que ya habían tenido bastante comunión silenciosa.

—Ni un alma —dijo Framton—. Mi hermana estuvo residiendo aquí, en la rectoría, sabe usted, hace unos cuatro años, y me ha dado cartas de presentación para algunas de las personas del lugar.

El tono de esta última afirmación fue claramente de pesar.

—¿Entonces no sabe usted prácticamente nada de mi tía? —prosiguió la parsimoniosa damisela.

—Sólo su nombre y dirección —admitió el visitante. Se preguntaba cuál sería el estado de la señora Sappleton, el matrimonio o la viudez. Había en la habitación algo indefinido que parecía sugerir una presencia masculina.

—Su gran tragedia ocurrió hace justo tres años —dijo la muchacha—; eso sería después de la estadía de su hermana.

—¿Su tragedia? —preguntó Framton; de alguna manera, las tragedias parecían fuera de lugar en aquel apacible rincón campestre.

—Usted se preguntará por qué mantenemos ese ventanal abierto de par en par en una tarde de octubre —dijo la sobrina, señalando una gran puerta vidriera que abría hacia un prado.

—Está bastante templado para esta época del año —dijo Framton—; pero, ¿tiene el ventanal algo que ver con la tragedia?

—Por ese ventanal, hace exactamente tres años, salieron a su cacería diaria su esposo y sus dos jóvenes hermanos. No regresaron nunca. Cuando cruzaban el páramo en dirección a su apostadero de caza favorito fueron engullidos por una traicionera porción de ciénaga. Aquel verano fue tremendamente húmedo, ¿recuerda?, y sitios que habían sido seguros en otros años cedían de pronto sin aviso. Nunca se recuperaron sus cuerpos. Eso fue lo más terrible de todo —aquí la voz de la muchacha perdió su tono de serenidad y se hizo temblorosamente humana—. La pobre tía siempre piensa que algún día volverán, ellos y el perrito de aguas marrón que se perdió con ellos, y que entrarán por ese ventanal como solían hacerlo. Es por eso que el ventanal se mantiene abierto todas las tardes hasta que oscurece. Pobre tía querida, me ha contado a menudo cómo salieron, su esposo con el impermeable blanco al brazo, y Ronnie, su hermano menor, cantando «Bertie, ¿por qué brincas?», como siempre hacía para embromarla, porque ella decía que le irritaba. ¿Sabe?, a veces, en atardeceres serenos como éste, casi llego a experimentar la turbadora sensación de que van a entrar todos por ese ventanal...Dejó la frase inconclusa, con un ligero estremecimiento. Fue un alivio para Framton que la tía irrumpiese en la habitación con un alboroto de disculpas por haber retrasado su aparición.

—Espero que Vera le haya entretenido —dijo.

—Ha estado muy amena —dijo Framton.

—Espero que no le moleste el ventanal abierto —dijo la señora Sappleton con vivacidad-, mi esposo y mis hermanos regresarán directamente de su cacería, y siempre entran en casa de ese modo. Han salido a cazar al acecho en las marismas, así que van a hacer un buen estropicio con mis pobres alfombras. Típico de ustedes los hombres, ¿no es así?

Para Framton todo aquello resultaba horrible. Hizo un desesperado, y sólo en parte exitoso, esfuerzo por desviar la conversación hacia un tópico menos tétrico; tuvo conciencia de que su anfitriona le estaba dedicando sólo un fragmento de su atención, y de que sus ojos estaban constantemente desviándose de él hacia el ventanal abierto y el prado que estaba más allá. Era ciertamente una coincidencia desdichada que hubiera hecho esta visita en tan trágico aniversario.

—Los médicos están acordes en prescribirme un completo descanso, la supresión de cualquier agitación mental y la exclusión de todo lo que constituya un ejercicio físico violento —anunció Framton, que actuaba en función del supuesto comprensiblemente difundido de que las personas totalmente desconocidas y las conocidas por azar se muestran hambrientas del más pequeño detalle relativo a nuestras afecciones y enfermedades, su causa y su remedio—. En materia de dieta ya no están tan de acuerdo —continuó.

—¿No? —dijo la señora Sappleton, con una voz que substituyó al bostezo sólo a último momento. De pronto asumió una expresión de despierta atención..., pero no hacia lo que Framton estaba diciendo.

—¡Aquí están, por fin! —exclamó—. Justo a tiempo para el té, iy parece que se han embarrado hasta los ojos!

Framton sintió un ligero escalofrío y se volvió hacia la sobrina con una mirada que pretendía transmitir una comprensión compasiva. La muchacha miraba absorta hacia el ventanal abierto con el horror pintado en los ojos. Poseído por una helada conmoción de miedo sin nombre, Framton giró en su asiento y miró en la misma dirección.

En la sombría luz del crepúsculo, tres figuras se dirigían atravesando el prado hacia el ventanal; las tres portaban escopetas bajo el brazo, y una de ellas llevaba la carga adicional de un impermeable blanco que le colgaba de los hombros. Un fatigado perro de aguas marrón se mantenía pegado a sus talones. Se aproximaban a la casa sin hacer ruido, y entonces una ronca voz joven cantó desde la oscuridad: «¿Por qué brincas, Bertie, digo yo?»

Framton echó mano desatinadamente a su bastón y su sombrero; la puerta principal, el sendero de grava y la puerta del jardín no fueron sino etapas difusamente advertidas en su precipitada huida.

—Aquí estamos, querida —dijo el portador del impermeable blanco, entrando a través del ventanal—; bastante embarrados, pero ya está casi todo seco. ¿Quién era ese que salió de golpe cuando aparecimos?

—Un individuo de lo más extraordinario, un tal señor Nuttel —dijo la señora Sappleton—; no supo hablar más que de sus enfermedades, y se fue precipitadamente, sin una palabra de despedida o una disculpa, cuando vosotros llegasteis. Se creería que hubiera visto un fantasma.

—Supongo que fue el perro —dijo calmosamente la sobrina—; me contó que sentía horror por los perros. Una vez fue acosado por una jauría hasta un cementerio en algún lugar de las orillas del Ganges, y tuvo que pasar la noche en una tumba recién cavada, con los animales gruñendo, mostrando los colmillos y echando espuma sobre él. Como para aterrorizar a cualquiera. La fabulación improvisada era su especialidad.

Saki (seudónimo del escritor británico Hector Hugh Munro), *Los juguetes de la paz y otras historias*, Ediciones Alfaguara, 1985